

MONOLOGO CON JOSE AGUSTIN

GOYTISOLO

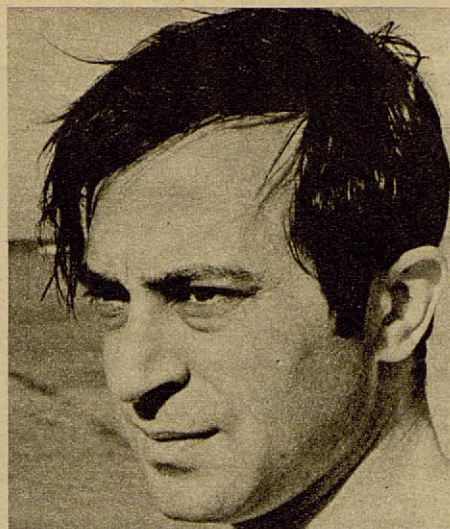
EN el silencio, entre paredes muy blancas y lisas diseñadas por el arquitecto Bofill, la voz de Paco Ibáñez que unas veces dice, otras canta, poemas del propio José Agustín Goytisolo, de José Angel Valente, de Alberti, del lúcido y actual Arcipreste de Hita, de Gloria Fuertes, de León Felipe... Luego, la voz llana de Paco Ibáñez se pierde y es José Agustín, su entonación seca y rotunda, quien me lee algunos de sus poemas de «Salmos al viento». El mayor de los hermanos Goytisolo, el poeta cuarentón, de mirada lejana y concreta a la vez, cuerpo magro, ojos que saltan y brincan inquietos, apenas capaces de ahogar un destello de rebeldía. Accésit Premio Adonáis 1955 con «El retorno», premio Boscán 1956 con «Salmos al viento», premio Ausias March con «Claridad».

—Escribo poesía desde la edad de diez años. He escrito cantidades ingentes de poesía, pero he roto muchísimo, y de ahí que haya publicado tan poco. Sólo cinco libros, fíjate. Es una miseria, ya lo sé, pero es que no me decido a publicar hasta que noto que me suena bien. Para mí el cuidado de la estética es fundamental en poesía. Mira adónde han ido a parar muchos de los que escudándose tras el título de «poetas sociales», despreciaban la forma. Para eso era preferible fijar pasquines, que todos lo hemos hecho; pero si se quiere escribir poesía hay que hacerlo bien, con escrupulosidad formal. Yo no puedo concebirla de otra manera. Sí, creo que sí hay implicaciones políticas en mis obras. Claro que, según como se mire, todo es político o deja de serlo. A veces sale a flor de piel, otras queda escondida, como agazapada en espera de que alguien llegue dispuesto a descubrirla. «El retorno», mi primer libro, es un monólogo con Julia Gay, mi madre, que murió en un bombardeo de Barcelona el 17 de marzo de 1937, dos días antes de mi onomástica y cuando yo tenía sólo tres años. Es algo, aquella su manera de desaparecer, que no he digerido todavía. El libro es una elegía, pero imagina si habrá en él implicaciones políticas aunque no las grite, ni acuse, ni profiera denuestos. A veces es mejor que el poeta, como la mujer a quien pretendemos seducir, se contente con mostrarnos sólo un pedazo sugerente de muslo, en vez de ofrecernos de buenas a primeras, sin apenas pedirlo, todo el secreto de su intimidad.

José Agustín Goytisolo, poeta satírico, rebelde, melancólico, intimista, todo en una pieza, habla correctamente el catalán y el castellano, aunque literariamente sólo se valga de este último para expresarse.

—Nunca me he planteado a fondo el problema de la lengua, lo confieso. Las cartas a mis amigos las escribo en catalán. Pero el castellano es mi vehículo literario. Verás, mi sangre es una mezcla impresionante de orígenes. Mi bisabuelo era vasco, mi abuelo cubano, mi padre, hijo de indiano, nació en Arenys de Munt y yo en Barcelona. Mi madre, sí, catalana, pero murió tan joven, a los 29 años, que apenas si la recuerdo en el recuerdo. ¿Sabes qué? Cuando me acucia el conflicto de las lenguas, cojo y traduzco a los poetas catalanes que más quiero. Sí, la poesía catalana la conozco muy bien.

Acaba de aparecer «Nueva poesía cubana», una antología de textos poéticos emergidos en la isla durante los últimos diez años. José Agustín conoce muy bien Cuba. Viaja allá con frecuencia. Hace poco publicó un ensayo y selección con el título de «Posible imagen de José Lezama Lima», el gran autor cubano de «Paradiso». El, Goytisolo, ama la obra



José Agustín Goytisolo.

DINTEL

(De la obra «El retorno» (1965). Fragmento.)

Aquí, cuando empezaste a vivir para el [mármol, cuando se abrió a la sombra tu cuerpo [desgarrado, pusieron una fecha: diecisiete de marzo. Y suspiraron tranquilos, y rezaron por ti. Te concluyeron.

José Agustín GOYTISOLO

bien hecha, trabajada, pulida. Me dice no tener sentido la poesía, si a los cien años de escrita ha perdido el frescor de su vigencia. Lógicamente —afortunadamente—, es de los que no creen en la literatura de urgencia.

—Para mí, una vez superado el periodo de la mal llamada «poesía social», el camino de la poesía castellana actual pasa por Jaime Gil de Biedma, Valente, Carlos Barral, Angel González, Claudio Rodríguez y los más jóvenes, Gimferrer, Vázquez Montalbán y Ana María Moix. Lo que nosotros hemos hecho, y sobre todo quienes mejor lo han conseguido han sido los jóvenes, es desligar la poesía española del concepto de Castilla como mito, desvincular una cosa de la otra. Mira, por poesía castellana se entendía, a partir del 98, la obra de los hombres de derechas, con caparazón de izquierdistas, para los que únicamente contaba la problemática de Castilla. Esa tendencia creó una absurda confusión entre los dos términos, que nosotros quisimos separar de una vez para siempre. Recuerdo que se nos conocía con el calificativo de «poetas industriales», porque hablábamos de suspensiones de pagos, de ciudades, de obreros, de fábricas... Je, je. Ya te digo que los jóvenes han sabido hacerlo mejor, porque han empalmado directamente y desde el principio con el modernismo, que es anterior al 98...

Ingiere un sorbo de agua tónica, encendemos cigarrillos. Observa que fisonómicamente se parece a su hermano Juan. Me llega de nuevo su voz en un poema nostálgico acerca de los cuartos sucesivos en los que ha vivido a lo largo de su vida. Como las paredes blancas, los muebles blancos, la luz lechosa, muella, que nos aísla. En un silencio de rebeldías soterradas, de melancolías y una brizna de firmeza, que es la que empuja a este hombre-poeta por una senda que, más o menos visible, le conduce más allá del puro goce estético.

arte letras espectáculos

«Los pequeños infiernos» TRIUNFO n.º 430-29-Agosto 1970

¿Quién es Roque Dalton? José Agustín Goytisolo nos lo presenta, con toda clase de pelos y señales, en el prólogo de este libro que habla con claridad de su vida agitada y azarosa, de cárceles y largas singladuras. «Los pequeños infiernos» antecede a «La taberna y otros argumentos», que fue premiado por la Casa de las Américas, de La Habana y por decisión de un Jurado en el que Goytisolo figuraba. Entonces lo conoció y ahora, en este prólogo, nos da noticia detallada de su personalidad y de su vida. Es Dalton «un modelo que no para un minuto quieto», escribe José Agustín, quien relata aventuras «daltonianas» de El Salvador, Méjico, Praga y La Habana. Dalton, alumno de los jesuitas en su infancia y primera juventud estuvo luego condenado a muerte. Se fugó de la cárcel y deambuló por Europa. Antes se había licenciado en Jurisprudencia y Ciencias Sociales, por la Universidad de San Salvador.

Está traducido a doce idiomas.

«Los pequeños infiernos» —que se edita junto con «Poemas de la última cárcel»— constituye un buen ejemplo de su estilo, de su modo de hacer. En estos poemas se mezclan la nostalgia de su país y la ironía al recordarlo; la ternura y el olvido; a veces se desliza hasta un implacable sarcasmo («Mecanógrafo») o hacia un incontinente sentimiento patriótico, o hacia el compromiso político directo. Y es siempre Roque Dalton un poeta sencillo y al mismo tiempo penetrante, duro y tierno, libre y sin embargo identificado con su idea. Nos recuerda en ocasiones a Nazim Hikmet en el planteamiento del poema —por otra parte su destino presenta más de una analogía con el del gran poeta turco—, pero es siempre un escritor latinoamericano, estrechamente ligado a la tradición y a los problemas de su tierra. ■

E. G. R.

Roque Dalton, «Los pequeños infiernos». Ed. Ocnos.